



## XXIII

### La Iglesia (sus dolores y tristezas)

Conferencia predicada en la Santa Iglesia Catedral, en la Misa ferial del 22 de marzo de 1786.

*Surge, illuminare Jerusalem, quia venit lumen tuum, et gloria Domini super te orta est.*

*Levántate, Jerusalén; corónate de nuevos esplendores; porque ha venido sobre tí la luz y la gloria del Señor.*

*Isaías, c. LX. v. 1.*

**A**VERGONZADOS los hombres de Jesucristo, relegada su celestial doctrina al olvido y al desprecio de lo que se llama hoy, la ciencia orgullosa de este siglo, empeñados los gobiernos humanos, por la más inconcebible ceguedad, la más insensata locura, en constituir y organizar la sociedad, fuera de las bases católicas; hecha universal, por un conjunto de causas más ó menos reconocidas, más ó menos evidentes, la apostasia de todas las naciones y de todos los gobiernos del mundo católico; empeñada también la providencia de Dios por sus misteriosos é insondables designios, que siempre se enderezan á su gloria y á la salvación de los elegidos, en permitir que el éxito, el triunfo, la victoria, coronen siempre las audaces ambiciones del espíritu del mal, sus insolentes provocaciones; que la Iglesia católica, abandonada, acosada por todos los gobiernos del mun-



do moderno, se vea en situación parecida á la que contempló en Jerusalén el antiguo profeta de sus infortunios; se vea solitaria, abandonada, ella, que veía en su hogar á todas las naciones cultas, que tomó asiento en los consejos de los reyes, que dirigió la política de los pueblos, que recibió los homenajes que á porfía venían á tributarle los más grandes y poderosos monarcas de Europa; que se vea, repito, solitaria, abandonada, despreciada, también burlada miserablemente; porque apenas le resta, mis hermanos, el lastimoso privilegio de ser hoy el objeto único de todos los odios, de todas las provocaciones, de todas las amenazas, de todos los desprecios que parten de los centros tenebrosos del error y de la iniquidad. ¿Cómo puede ser que la antigua y populosa ciudad de Jerusalén, donde se congregaban todas las tribus para presentar el homenaje de su adoración á Jesucristo, se encuentre hoy desierta y en abandono? ¿Quién ha podido hacer tributaria á esta reina de los pueblos y de las naciones? ¿Cómo se explica que, después de haber dominado al mundo, se encuentre ahora en la más absoluta postración y en el más completo abandono? ¿La reina, la señora de los pueblos es hoy tributaria? ¿Qué se han hecho las antiguas profecías tan consoladoras para el corazón de los nuevos creyentes y que pintaban el reino inmortal de la esposa de Jesucristo? ¿Dónde está esa ciudad levantada sobre las más altas colinas, en donde debían congregarse todos los miembros de Israel? ¿Dónde está ese reino formado por todas las razas, por todas las tribus, por todas las gentes, en el cual, abandonando y dejando sus divisiones, sus rencillas, sus discordias, debían congregarse todos al pie de la cruz de Jesucristo para adorarlo como á Rey de reyes y Señor de los querubines? ¿Dónde están esas magnificencias de las promesas divinas que aseguraban á la Iglesia su inmortalidad, la victoria perpetua sobre sus enemigos? ¿Dónde está esa

herencia grandiosa de todas las naciones y de todos los pueblos, que el Padre Eterno dió á Nuestro Señor Jesucristo, y que este cedió como el legado preciosísimo de su testamento de amor, á la santa é inmaculada esposa que escogió desde la eternidad? Estas magníficas y brillantes promesas se resumen, mis hermanos, en que para ella no tendrá linderos el espacio, ni límites el tiempo, puesto que en la magnífica heredad del Señor habían de congregarse todos los pueblos y todas las naciones del mundo.

En las apariencias, tantas glorias, tantas magnificencias, tan extraordinarias grandezas, han llegado á su término. No podemos ocultar, mis hermanos, que el espíritu anticristiano gobierna el mundo; reina, más ó menos en todos los pueblos; ha penetrado por una infiltración profunda en las costumbres; se ha adueñado del poder temporal; tiene á su disposición la fuerza del número, la misma fuerza material; cuenta con ese extraordinario prestigio que dá á todas las cosas el éxito. Vense tristes, llenos de amargura los católicos, los creyentes, como durante el mismo cautiverio de Babilonia, en la época del pueblo rey; no tienen donde volver los ojos, porque las últimas esperanzas de salud en el orden humano y temporal han desaparecido, y la impiedad puede levantarse sobre la Iglesia, perseguida en todas partes, escarnecida, burlada, llena de oprobios, como durante la tenebrosa noche de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo; puede levantarse orgullosa para reprochar la magnificencia de sus empresas inmortales y decirle con toda la insolencia que acostumbra ¿y ahora, donde está tu Dios? Sin embargo, mis hermanos, nada más engañoso que estas apariencias. Lejos estoy de hacerme ilusiones sobre las tristezas de la época presente; demasiado las conozco y en la amargura de mi corazón de sacerdote, las lloro en presencia de los altares de Dios. Sé que



la defección se multiplica, que la impiedad crece siempre, que el loco empeño de apartar á la sociedad de los caminos divinos, es hoy más tenaz que nunca, que los pueblos, ó mejor dicho, sus gobiernos insensibles á todos los consejos de la prudencia, al poder de las más pavorosas catástrofes, á las lecciones de los pasados siglos, á los abismos que ven abiertos á sus plantas, en cada uno de los momentos de su existencia, pasan la vida divirtiéndose; como si no tuvieran en sus manos la suerte de la sociedad, solo se ocupan en inventar incesantes sistemas, en aplicarlos, y aunque por un designio sapientísimo de Dios, aunque una constante experiencia está acreditando su vanidad, sus contradicciones, los funestos efectos que engendran, siempre, constantemente, por una inconcebible ceguedad, se les ve perseverantes en el camino de su perdición; admitiéndolo todo por absurdo, por contradictorio, por monstruoso que sea, antes de que Jesucristo, reine sobre el mundo. Y sin embargo de todo esto, la fe nos enseña que la Iglesia católica triunfará ciertamente de esta coalición de todas las fuerzas humanas contra ella; que la virtud traída por Jesucristo al mundo y enseñada por el ministerio de la Iglesia, conserva su exclusivo y glorioso privilegio de libertar á las almas; que á la vista de innumerables y terribles catástrofes conocerán los gobiernos que solo en ella se encuentra el secreto de la moral pública, y que los católicos tenemos en ella la más completa esperanza de triunfo. Pero ¿no hay en la misma situación actual del mundo y de la Iglesia razón que funde la esperanza de este completo triunfo? ¿En el orden mismo con que la Providencia gobierna las sociedades no hay esperanza alguna de salvación y de salud? ¡Todo lo contrario! Y tal será el asunto que ocupará vuestra atención hoy y en los próximos días que restan de la presente cuaresma. Estudiarémos los caracteres de la época actual; veremos,

primeramente, que aunque llena de dolores y tristezas, por su misma situación, por el mismo estado de alarma y de pavor, que nos manifiesta: por ese mismo carácter de incertidumbre que la caracteriza; por el abandono en que se encuentra la Iglesia católica; por la conspiración y concierto de sus enemigos, contra ella; en una palabra, por el conjunto de siniestros caracteres que designan á la época actual, ella es un presajio de un brillante y esplendoroso triunfo, porque nada hay en la época presente que no esté precisamente, determinadamente anunciado por Nuestro Señor Jesucristo, por los Profetas, por los Apóstoles; y luego fijándonos en la misma situación del mundo, sacarémos de ella luz y argumentos bastantes para sentir la proximidad del triunfo, y concluir, mis hermanos, por saludar esa victoria inmortal de la Iglesia, sintiendo desde ahora mismo los primeros albores de su triunfo, las primeras iluminaciones del Sol de su victoria. Aproxímase ya la hora de su redención, la hora de su salud; de la redención de esta opresión del genio del mal; de la salud de esta enfermedad que lleva ya un siglo de lucha cruel y de muerte.

Pidámos pues, la gracia del Espíritu Santo por la intercesión de la bienaventurada Virgen María, reina de los ángeles y con cuya divina planta humilló su soberbia al enemigo infernal.

A mi no me estraña, mis hermanos, que la incredulidad orgullosa, entone ya himnos de victoria y de triunfo, propagando la decisiva, irremediable y completa desolación de la Iglesia. Esos himnos resuenan en todas partes: en las asambleas públicas, en la prensa, en las tribunas parlamentarias y populares: todos de comun acuerdo, de concierto, á porfía proclaman que ha pasado la hora del Catolicismo; que en la presente época de la humanidad, á lo más pueden agradecerse sus antiguos servicios; que alguna vez pudo ser útil, cuando la razón humana no había llegado á la



plenitud de su independencia, á su luz meridiana, para echar los cimientos de la civilización; para enseñar al hombre, apartándolo de las tinieblas de la barbarie, los sublimes principios de la grandeza de un Dios creador y regenerador del mundo; para establecer en vez de los códigos crueles del paganismo, la ley de la caridad, el dulcísimo lazo que uniendo con vínculos de oro, suavizando las costumbres, realzando la dignidad, hacen soportable la vida ante la durísima opresión de la autoridad y constituyen á las familias y sociedades sobre la base del respeto mutuo de todos los derechos, del cumplimiento por conciencia de todos los deberes. Pero pasaron esos tiempos, y hoy bastante adelantada la ciencia, ilustrada la razón, sintiendo dentro de sí, fuerza, luz suficiente para construir, gobernar las sociedades humanas y llevarlas á un porvenir de gloria y de ventura, dice á la Iglesia lo que en otro tiempo dijeron los prevaricadores de Israel: "Apártate de nosotros, quedarás como un recuerdo, como un inmenso objeto de curiosidad y hasta digno de admiración; los siglos futuros, al pasar por el mundo, se dignarán dirigirte una mirada de admiración, viendo en tí á la antigua tutora del género humano, á la antigua maestra de las naciones" Lo dicen y lo hacen, mis hermanos; porque la ambición de un naturalismo universal y completo es el carácter esencial de la época presente; suprimir lo sobrenatural á toda costa, suprimirlo del gobierno, de la escuela, del trono, suprimirlo de todas las instituciones humanas: he aquí el verdadero término, el verdadero fin, el objetivo de todas las cuestiones que agitan al mundo, de todos los libros que se escriben, de toda esta agitación febril del mundo moderno. Pues todo esto, de la manera más detallada y más perfecta, ha sido anunciado por las Escrituras santas, lo cual al lado de la profunda tristeza que imprime en el corazón católico, engendra también la seguridad y la convicción del triunfo de la

vanidad de estos funestos ensayos, de que una vez más las orgullosas olas que levantan la razón del hombre contra la roca inmutable de la Iglesia, se estrellarán contra ella. Por las Escrituras santas, á fin de que no se escandalizaran los creyentes, decía Jesucristo á sus discípulos, para que no desconfiasen de sus promesas, para que no se conturbase su fe, para que en medio del universal ruido producido por tantas voces de triunfo que partirían de los centros del mal, viendo la humillación, el abandono, el decaimiento de la Iglesia, no se inquietase su espíritu, tuvo cuidado, ya El mismo con su enseñanza, ya por medio de sus apóstoles, de anunciar cuantas vicisitudes habian de pasar sobre su Esposa santa. Mirad, les decía, con admirable sencillez y sublime lenguaje: "el discípulo no ha de ser superior á su maestro; á mi muy pronto este pueblo que me aclama me escarnecerá; los sacerdotes dirán falsos testimonios contra mí; los pueblos y las autoridades civiles se concertarán y hasta firmarán paz, unión, concordia, habiendo sido antes enemigos entre sí, para conspirar contra mí, para procurar mi muerte y mi ruina; vosotros mismos, discípulos míos, me abandonaréis; acordaos, pues, os lo digo desde ahora, grabad estas palabras en vuestro corazón; no será el discípulo superior al maestro; todos sin excepción alguna, padecerán por mi nombre, por mi causa, por mi gloria, por mi doctrina; os llevarán á los tribunales; os levantarán falsos testimonios; os calumniarán; pondrán sobre vosotros manos violentas; seréis ludibrio y oprobio de las gentes. Mas que esto todavía, y el Salvador cuidaba de repetir siempre á sus discípulos: Os lo digo para que cuando suceda, os acordéis de que ya os lo dije. Todavía sufriréis más de parte de los hombres; pondrán de manifiesto é inventarán sistemas para probar al mundo que esas persecuciones contra vuestra persona, contra vuestra doctrina, contra vuestras enseñanzas,